



Nómadas

ISSN: 1578-6730

nomadas@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid

España

Mansilla, H. C. F.

El nacionalismo autoritario, el rechazo del liberalismo y el uso de oposiciones binarias en Bolivia. Una crítica al carácter conservador de los intelectuales progresistas

Nómadas, vol. 45, núm. 1, 2015

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18153278001>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

# EL NACIONALISMO AUTORITARIO, EL RECHAZO DEL LIBERALISMO Y EL USO DE OPOSICIONES BINARIAS EN BOLIVIA

## Una crítica al carácter conservador de los intelectuales progresistas

H. C. F. Mansilla<sup>1</sup>

Miembro correspondiente de la Real Academia Española  
Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia  
Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua.  
[http://es.wikipedia.org/wiki/Hugo\\_Celso\\_Felipe\\_Mansilla](http://es.wikipedia.org/wiki/Hugo_Celso_Felipe_Mansilla)  
[hcf\\_mansilla@yahoo.com](mailto:hcf_mansilla@yahoo.com)

[http://dx.doi.org/10.5209/rev\\_NOMA.2015.v45.n1.51327](http://dx.doi.org/10.5209/rev_NOMA.2015.v45.n1.51327)

Los elementos centrales de la cultura política en Bolivia se arrastran desde la época colonial. Han sufrido obviamente muchas alteraciones; la más importante ha sido la inducida por el proceso de modernización en la segunda mitad del siglo XX. Pero sus rasgos más importantes siguen vigentes hasta ahora: autoritarismo, paternalismo y centralismo, por un lado, y el funcionamiento lento, inefficiente y enrevesado del aparato burocrático, por otro. Este problema, que consolida regímenes antidemocráticos, no ha sido percibido por el marxista más importante de Bolivia, René Zavaleta Mercado.

**Palabras-clave:** antiliberalismo, autoritarismo, populismo, religiosidad popular, René Zavaleta Mercado, tradiciones culturales.

### The Authoritarian Nationalism, the Rejection of Liberalism and the Use of Binary Oppositions in Bolivia. A Critique of the Conservative Character of Progressive Intellectuals

The main points of Bolivia's political culture arise from colonial times. They have suffered of course many alterations; the most important one has been caused by the modernization process in the second half of the 20th century. But the leading features of that culture are still alive: authoritarianism, paternalism and centralism, on the one side, and the slow, inefficient, and complicated functioning of

<sup>1</sup> Estimados amigos de la dirección y redacción de NÓMADAS: Me permito ofrecer el texto adjunto, totalmente inédito, a NÓMADAS, donde han sido publicados mis ensayos más importantes. Mi texto es una especie de respuesta al artículo de Claudio Katz sobre Bolivia, que apareció en NÓMADAS hace poco tiempo. Mi texto está basado en algo no muy usual: la historia de las ideas. Aprovecho para dar a conocer una parte de la muy curiosa y enorme producción boliviana en ciencias sociales.(Las citas de René Zavaleta Mercado, el cientista social más conocido de Bolivia, son estrictamente auténticas. He respetado su sintaxis y su ortografía a veces muy curiosas.) Atentamente, Felipe Mansilla [Correo recibido el 15 de Julio del 2015, que agradecemos públicamente. Equipo Editor de Nómadas]

the state bureaucracy, on the other. This problem, which preserves antidemocratic regimes, was not recognized as such by Bolivia's most important Marxist, René Zavaleta Mercado.

**Key words:** *antiliberalism, authoritarianism, cultural traditions, popular religiosity, populism, René Zavaleta Mercado*

## 1. Introducción: liberalismo y populismo

La historiadora *Irma Lorini* acuñó el término “nacionalismo autoritario”<sup>2</sup> para designar el periodo cubierto por la presidencia de Gualberto Villarroel (1943-1946) en Bolivia, etapa que no se destacó precisamente por la vigencia del Estado de derecho y las prácticas democráticas, pero sí por modestas reformas en el campo social y, ante todo, por despertar anhelos colectivos de participación política y reconocimiento cultural<sup>3</sup>. Precisamente la combinación de estos factores ha constituido el trasfondo del populismo en Bolivia y en América Latina. Sobre el momento constitutivo del populismo latinoamericano *Carlos de la Torre* afirma que

“[...] es una forma de protesta y resistencia a proyectos de modernización que [...] excluyen a grandes sectores de la población vistos como la encarnación de la barbarie. Frente a estos proyectos civilizatorios de las élites, el populismo reivindica lo que supuestamente son las formas de ser y vivir de los pobres y de los excluidos, quienes de ser considerados como obstáculos para la modernidad y el progreso pasan a ser la esencia de la nación. Pero, debido a que el pueblo no existe como un dato objetivo que está ahí presente sino que es una construcción discursiva, hay que preguntarse quién lo construye y qué características le son atribuidas. El ‘pueblo’ es construido por líderes que dicen encarnarlo [...]. El líder decide cuáles son sus valores y virtudes y qué formas de ser deben caracterizar a lo popular”<sup>4</sup>.

En un trabajo muy bien documentado, *Loris Zanatta* sostiene que “el populismo es la transfiguración moderna, en cierta medida secularizada y adaptada a la época de la soberanía popular, de un imaginario social antiguo: un imaginario esencialmente

<sup>2</sup> Irma Lorini, *El nacionalismo en Bolivia de la pre y postguerra del Chaco (1910-1945)*, La Paz: Plural 2006, pp. 187-225.

<sup>3</sup> Sobre esta constelación histórica cf. Herbert S. Klein, *Prelude to the Revolution*, en: James M. Malloy / Richard S. Thorn (comps.), *Beyond the Revolution. Bolivia since 1952*, Pittsburgh: Pittsburgh U. P. 1970, pp. 25-51.

<sup>4</sup> Carlos de la Torre, *¿Por qué los populismos latinoamericanos se niegan a desaparecer?*, en: ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (Tel Aviv), vol. 19, N° 2, julio-diciembre de 2008, pp. 7-28, aquí p. 23.

religioso<sup>5</sup>. Esta tendencia ideológica enfatiza la centralidad del pueblo, y precisamente este factor hace que el terreno de los derechos humanos, el Estado de derecho y la pluralidad de ideas y proyectos políticos no sean percibidos como prioritarios por la voluntad general. La centralidad del pueblo corresponde más bien a una comunidad de los creyentes que viene de muy atrás. Estos últimos se sienten unidos entre sí por motivos profundos y hasta arcaicos: la comunión de historia y destino, el memorial de agravios milenarios, el recuerdos de los héroes que salen de las entrañas del pueblo y los vínculos de una solidaridad espontánea, inmediata y no calculada, es decir: mecánica<sup>6</sup>. La comunidad orgánica premoderna que proclaman los populistas se diferencia básicamente de la sociedad moderna, basada en principios contractualistas y racionalistas, en la cual los individuos interactúan entre sí por un cálculo de intereses. Añade Zanatta:

“[...] los populismos de América Latina aparecen emparentados por la aversión a la democracia representativa de tipo liberal y a la concepción social que ella implica, a la que contraponen la explícita invocación o la implícita pulsión hacia una ‘democracia orgánica’. Es en virtud de dicha homogeneidad que la comunidad populista se suele expresar a través de una voz unívoca: la voz del líder, figura de la que rebosa la historia del populismo latinoamericano, que no representa sino encarna a su pueblo, del cual se propone o impone como médium en el camino hacia la redención y la salvación”<sup>7</sup>.

La armonía política y cultural emerge como el valor rector más importante. La armonía social – la unanimidad y fraternidad entre los hermanos – toma el carácter de un orden divino o natural y la calidad de un mandato imperativo que no puede ser ignorado por las fuerzas políticas. El pluralismo de ideas, partidos y programas aparece entonces como una patología de la vida social, que debe ser combatida enérgicamente. Lo normativo está constituido por la unanimidad de pareceres e intereses, y por consiguiente “en el populismo no existe un campo reconocido para expresar la disensión”<sup>8</sup>.

## **2. La religiosidad popular y el menosprecio de la democracia liberal en Bolivia**

Lo que falta hasta hoy en las ciencias sociales bolivianas es una investigación basada en materiales empíricos sobre los complejos nexos entre la religiosidad popular y el surgimiento de movimientos populistas, entre las “necesidades históricas y emotivas de las masas” y el “mito andino del refugio”<sup>9</sup>, transformado en un partido

<sup>5</sup> Loris Zanatta, *El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina*, en: ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, vol. 19, Nº 2, julio-diciembre de 2008, pp. 29-44, aquí p. 33.

<sup>6</sup> Ibid., p. 34.

<sup>7</sup> Ibid., p. 34.

<sup>8</sup> Carlos de la Torre, op. cit. (nota 3), p. 16.- Ibid., p. 17: “Quienes no son parte de los seguidores que aclaman al líder son invisibilizados y silenciados, no son tomados en cuenta y pueden ser reprimidos”.

<sup>9</sup> Imelda Vega-Centeno, *Aprismo popular. Cultura, religión y política*, Lima: CISEPA / TAREA 1991, pp. 67-72.

político. *Imelda Vega-Centeno*, basada en un amplio trabajo de campo, ha demostrado que el éxito del populismo peruano – el encarnado en las tendencias apristas (APRA: Alianza Popular Revolucionaria Americana y luego Partido Aprista Peruano: PAP) – descansaba en los siguientes logros meritorios, todos ellos de origen religioso popular:

- (a) Hay que dar a los adherentes y votantes una visión del mundo que alivie la fragmentación generada por la ciencia contemporánea y sus aplicaciones prácticas en los procesos de modernización. El discurso populista debe producir certidumbres, que por ello resultan incuestionables en la praxis. Los adherentes expresan una demanda de salvación, que la jefatura del partido debe responder con una oferta de redención.
- (b) Hay que armonizar desde arriba las relaciones entre individuos, grupos, sociedad y Estado, aunque esta solución signifique una simplificación de los vínculos sociales y políticos de la prosaica realidad cotidiana. El partido o movimiento tiene que poseer una estructura interna vertical-autoritaria, pero, al mismo tiempo, debe irradiar una atmósfera general de paternalismo comprensivo y preocupación por cada miembro del mismo (como lo hacen habitualmente las iglesias).
- (c) Hay que envolver estos esfuerzos con un halo religioso-sentimental que deje a un lado la deliberación racional de los asuntos públicos. La distinción entre el bien y el mal se transforma en una cuestión de lealtad con respecto al partido, ya que este es el verdadero *hogar-refugio* de los adherentes. La autonomía operativa de las jefaturas y la sumisión habitual de las bases son las dos caras de la misma moneda. La “regresión infantil”<sup>10</sup> de los adherentes es lo usual en estos procesos.

Estas prácticas aparecen una y otra vez en casi todos los régimes populistas latinoamericanos. También en Bolivia los líderes populistas han mostrado un especial talento en la manipulación interesada del imaginario popular. Los sectores de la población que en este país desplegaron una notable afinidad hacia el populismo a partir de la Guerra del Chaco (1932-1935), deseaban, por lado, alcanzar un nivel de vida comparable al de los países más desarrollados, pero por el otro, rechazaban los elementos políticos y culturales de la modernización. La ideología con la que se identifican fácilmente era una mixtura, cambiante y compleja, de nacionalismo y socialismo, que también ha sido la tendencia probablemente mayoritaria de los intelectuales, de los estratos universitarios y de los partidos de izquierda. Su importancia radica en el hecho de que hasta hoy, en pleno siglo XXI, la situación ha variado poco. Pese a todos sus matices y diferencias internas, ha sido una corriente tanto política como intelectual, de muy amplio espectro, favorable a un acelerado desarrollo técnico-económico, a la acción planificadora del Estado y al rechazo de los aspectos principales de la democracia liberal moderna.

En Bolivia estos movimientos situados a medio camino entre el nacionalismo y el socialismo, como en gran parte de América Latina, han menospreciado la democracia representativa y el legado individualista de la civilización occidental.

<sup>10</sup> Ibid., pp. 56-58, 79-81, 271-275; Imelda Vega-Centeno, *Simbólica y política. Perú 1978-1993*, Lima: Fundación Friedrich Ebert 1994, p. 32, 87, 155.

Sostienen en cambio que hay un proyecto superior, al que se deben subordinar todos los esfuerzos: la modernización acelerada dirigida por un Estado centralizado y poderoso, pero restringida a sus aspectos técnico-económicos. Aunque nunca fue una corriente política afín a la programática inspirada por el marxismo, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR; en funciones gubernamentales: 1943-1946, 1952-1964) puede ser descrito como un conglomerado de tendencias ideológicas dispares, situadas entre un nacionalismo izquierdista y un socialismo moderado, pero unidas por un fuerte legado antiliberal, antipluralista y antidemocrático, corrientes enlazadas además por el vigoroso anhelo de ejercer el poder<sup>11</sup>. Sus dirigentes provenían de los estratos medios y conformaban una amplia contra-élite deseosa de ascenso social, progreso económico y reconocimiento público, que no podía y no quería contentarse más con roles subalternos. Este grupo había sido discriminado durante largo tiempo por los estratos altos tradicionales a la hora de ocupar posiciones importantes en la administración del Estado (o se creía que esto había sido así). El MNR fue la construcción antiliberal con ribetes nacionalistas más importante de la historia boliviana, y la más exitosa, porque supo unificar, robustecer y consolidar todas estas tradiciones político-culturales como el sentido común de su época. Logró, por ejemplo, imponer su visión negativa en torno al régimen anterior a la Revolución Nacional de 1952, visión que hasta hoy prevalece en el imaginario colectivo y en el seno de las ciencias sociales e históricas del país.

Se puede caracterizar al populismo como una estrategia política – y no económica – para alcanzar el poder. Se podría decir que sus líderes buscan el apoyo directo, no mediado por instituciones ni reglas, de un gran número de seguidores en principio desorganizados. Las ideologías y los programas juegan en el seno de los partidos y movimientos populistas un papel secundario, por lo cual resulta difícil clasificarlos dentro del espectro convencional de izquierdas y derechas. Casi todos los movimientos populistas se asemejan a fuertes sentimientos colectivos, a pulsiones intuitivas básicas, emparentadas con la religiosidad popular de origen barroco católico. Estas pulsiones abarcan “la exaltación discursiva del pueblo”<sup>12</sup> y el entusiasmo ingenuo de gente habitualmente poco interesada en cuestiones público-políticas. Aquí hay que señalar un punto muy importante: los impulsos populistas dejan al descubierto las carencias, los silencios y los errores de la democracia liberal. Todo esto ocurrió con el MNR a mediados del siglo XX.

Pero, al mismo tiempo, los modelos populistas propugnan la homogeneidad socio-cultural como norma y el uniformamiento político-partidario como meta. Dentro de los partidos populistas los militantes tienen en realidad poco que decir. La mayoría de los adherentes está compuesta por aquellas personas expuestas directamente (en cuanto víctimas) a los grandes procesos de cambio acelerado (urbanización, modernización, globalización). Conforman una masa disponible, proclive a ser manejada arbitrariamente por la jefatura partidaria. La ideología populista es anti-

<sup>11</sup> Sobre el MNR cf. James M. Malloy, *Bolivia: The Uncompleted Revolution*, Pittsburgh: Pittsburgh U. P. 1970, pp. 111-164; Herbert S. Klein, *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge: Cambridge U. P. 1971.

<sup>12</sup> Carlos de la Torre, op. cit. (nota 3), pp. 10-11.

intelectual. Y en este aspecto se percibe, lamentablemente, la influencia de la labor educativa y cultural de la Iglesia católica, que durante siglos cambió poco y que, hasta bien entrado el siglo XX, en Bolivia fomentó una mentalidad antirracionalista, anticosmopolita y antipluralista. En este contexto se comprende que la ideología populista actual no exige grandes esfuerzos teóricos a ningún simpatizante o militante. Por todo ello los adherentes de estos partidos perciben las liturgias repetitivas y la oposición a la deliberación racional como algo habitual y positivo, una actitud que es ahora enaltecida por *Ernesto Laclau* en cuanto la auténtica voluntad popular<sup>13</sup>.

### **3. René Zavaleta Mercado bajo la influencia del nacionalismo autoritario**

El primer núcleo intelectual-ideológico del MNR, fundado el 1941, estuvo conformado por *Carlos Montenegro* y *Augusto Céspedes*, los preceptores intelectuales de *René Zavaleta Mercado* (1937-1984)<sup>14</sup>, el pensador más importante y promisorio de Bolivia en la segunda mitad del siglo XX. Eran nacionalistas que propugnaban reformas socio-políticas ciertamente necesarias en un ámbito conservador y premoderno, pero al mismo tiempo fomentaban una renovación de viejas y profundas tradiciones, como el autoritarismo, el anticosmopolitismo y el centralismo. Lo que querían estos nacionalistas era una especie de modernización rápida y la integración de los sectores indígenas a los procesos laborales y educativos, pero con la preservación de una atmósfera autoritaria sin atenuantes racionales y modernos. Lo habitual en la cultura política de Bolivia y América Latina era (y es todavía hoy) suponer que la “adhesión unánime y fervorosa”<sup>15</sup> de sus habitantes al gobierno de turno está muy encima de la deliberación racional de asuntos públicos, como lo postulaba Augusto Céspedes. Y como añadía este mismo autor, el ideal normativo era (y tal vez es aún) la edificación de un Estado fuerte y expansivo, que se consagre evidentemente a “velar sobre todos”<sup>16</sup>, es decir a resguardar, pero también a controlar efectivamente a todos los ciudadanos.

En función gubernamental de 1952 a 1964, el MNR dedicó una parte de sus notables energías a fomentar dilatadas formas de corrupción, a instrumentalizar el aparato de justicia a favor de decisiones políticas del Poder Ejecutivo, a promover los códigos paralelos de comportamiento en la esfera pública y a establecer

<sup>13</sup> Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires: FCE 2008, p. 44; Ernesto Laclau, *La deriva populista y la centro-izquierda latinoamericana*, en: NUEVA SOCIEDAD (Buenos Aires), Nº 205, septiembre-octubre de 2006, pp. 56-61.

<sup>14</sup> Sobre Zavaleta cf. tres importantes obras: Luis H. Antezana, *La diversidad social en Zavaleta Mercado*, La Paz: CEBEM 1991; Luis Tapia, *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*, La Paz: Muela del Diablo 2002; Maya Aguiluz Ibargüen / Norma de los Ríos (comps.), *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y re-visiones*, Buenos Aires: Miño y Dávila 2006.

<sup>15</sup> Augusto Céspedes, *En nombre de libertad y democracia, los aliados hacen la guerra al proletariado del mundo*, en: *LA CALLE* (La Paz) del 7 de abril de 1940, p. 3.

<sup>16</sup> Augusto Céspedes, *¿Qué dictadura? ¿Qué democracia?*, en: *LA CALLE* del 13 de septiembre de 1939, p. 4.

muchos nuevos trámites burocráticos, generalmente superfluos y siempre mal diseñados. El incremento de la inseguridad jurídica correspondió a la declinación del Estado de derecho. Es cierto que el MNR no inventó nada nuevo, pero, en nombre de un experimento social pretendidamente revolucionario, rejuveneció y consolidó algunas las tradiciones más deplorables de la sociedad boliviana. El aspecto irracional y premoderno de todo ello se advierte en el renacimiento de los *códigos paralelos de conducta*, que nunca fueron estudiados y menos aun tratados como normas oficiales, pero que en la cruda realidad de este periodo poseían la cualidad de pautas indubitables de comportamiento colectivo, lo que quiere decir que no hubo necesidad de definir y publicitar estas rutinas de modo expreso y notorio porque siempre habían disfrutado de una validez prerreflexiva muy amplia y sólida. La manipulación adecuada de los códigos paralelos de parte del gobierno respectivo constituye una de las claves explicativas del éxito y de la fortaleza de los regímenes populistas.

Carlos Montenegro (1903-1953)<sup>17</sup>, quien ahora es visto como uno de los grandes intelectuales progresistas, se distinguió por su desprecio a los procedimientos democráticos y al Estado de derecho, por sus afanes de conspirador, por su participación en golpes de Estado y por su marcada intolerancia contra personas e instituciones que no correspondían a su “sensibilidad”<sup>18</sup>. En esa atmósfera cultural creció intelectualmente René Zavaleta Mercado. En una de sus obras más celebradas, Zavaleta escribió sobre el derecho histórico de los golpes de Estado:

“¿Acaso no es verdad, como lo demuestran tantas de nuestras vivencias, que un golpe de Estado puede ser tanto o más legítimo que un poder que se achaca a sí mismo el ser ‘representativo’? [...] Es por eso que el golpe de Estado retiene una suerte de incertidumbre propia de los acontecimientos inconfutables cuando no el cariz de un hábito social. Ahora bien, sin la consideración de los hábitos y de los mitos es poco lo que se puede avanzar en el análisis político. Si la democracia representativa es, después de todo, eso, la compatibilización entre la cantidad de la sociedad y su selección cualitativa, ergo, aquí el azar, la confrontación carismática, la enunciación patrimonial del poder y su discusión regional son tanto más posibles que su escrutinio numérico. No se puede llevar cuentas allá donde los hombres no se consideran iguales unos de otros o sea donde no prima el prejuicio capitalista de la igualdad, sino el dogma precapitalista de la desigualdad”<sup>19</sup>.

Por medio de un lenguaje a momentos bizantino, Zavaleta parece decírnos que los golpes de Estado pertenecen a una especie *disculpable*: los hábitos sociales. Y así estas alteraciones violentas del ejercicio del poder son justificadas si

<sup>17</sup> Cf. Luis Antezana Ergueta, *Carlos Montenegro: la inteligencia más brillante del siglo XX en Bolivia*, La Paz: Plural 2013.

<sup>18</sup> Valentín Abecia López, *Montenegro y su tiempo*, La Paz: FUNDAPPAC / KAS 2007, pp. 97-105, especialmente p. 100, 103 (se trata de una obra claramente apologética con respecto a Montenegro).

<sup>19</sup> René Zavaleta Mercado, *Las masas en noviembre [1983]*, en: René Zavaleta Mercado: *Obra completa* (en adelante: OC), compilación de Mauricio Souza Crespo, vol. II: *Ensayos 1975-1984*, La Paz: Plural Editores 2013, pp. 97-142, aquí p. 103.

corresponden a los propósitos y a los ideales del autor y de su grupo. La democracia representativa se transforma en un mero asunto numérico-cuantitativo, tal como lo propalaban Montenegro y Céspedes. Bajo estos presupuestos conceptuales se puede legitimar cualquier vulneración de los derechos humanos, especialmente de los opositores, si los hábitos y los mitos del momento así lo permiten o lo toleran.

Zavaleta se calla sintomáticamente cuando sus amigos o allegados políticos cometan errores o delitos. Se queja de prácticas antidemocráticas de amedrentamiento cuando se usan en contra suya o de su grupo. Con respecto al pequeño movimiento trotzkista, representado por el Partido Obrero Revolucionario (POR), afirmó tempranamente (1959):

"El bombardeo de propaganda didáctica, las elecciones por aclamaciones y simple alza de manos, la coerción psicológica, el aliciente demagógico de las demandas, la imposición del voto resolutivo son técnicas de indudable progenie porista. Alejados del que a pesar de todo sigue siendo su partido, como lo ha sido siempre, los mineros de Bolivia no hacen sino lo que les queda: elegir a los que los usan sin haber merecido de ellos una sola de sus conquistas [...]"<sup>20</sup>.

Aludiendo a estas "técnicas", Zavaleta describe con notable exactitud las prácticas de su propio partido, el MNR, cuando este se encontraba en el gobierno o cuando no llegaba a dominar totalmente un sindicato o una asamblea minera, campesina o universitaria. En la obra de nuestro autor no existe ni una sola mención crítica sobre la vida cotidiana en el interior del MNR, ni tampoco un examen de las estructuras verticales que prevalecían en el partido y en los sindicatos dominados por este último. La ausencia de democracia interna en el partido, en el ámbito sindical y en las instituciones estatales no fue una preocupación de Zavaleta, como tampoco la amplia cultura política del autoritarismo, que se arrastraba desde la época colonial y que ya fue estudiada en la época de nuestro autor<sup>21</sup>. Jamás se sintió molesto a causa de los procedimientos ilegales para la designación de candidatos parlamentarios o autoridades internas en el seno del MNR. Las discrepancias entre retórica y realidad dentro de su propio partido y los procedimientos oligárquicos en la toma de decisiones no concitaron su interés analítico.

#### **4. El rechazo de la democracia moderna**

Para comprender la posición básica de Zavaleta sobre esta temática, hay que subrayar que él compartió una actitud fundamental de casi todos los nacionalistas y socialistas bolivianos de su tiempo: los objetivos *nacionales* de la Revolución de Abril

<sup>20</sup> René Zavaleta Mercado, *El asalto porista. El trotskysmo y el despotismo de las aclamaciones en los sindicatos mineros de Bolivia* [1959], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 33-56, aquí p. 40. Cf. también ibid., pp. 45-48.

<sup>21</sup> Cf. James M. Malloy, *Authoritarianism and Corporatism: The Case of Bolivia*, en: James M. Malloy (comp.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh: Pittsburgh University Press 1977, pp. 459-485; James M. Malloy, *Bolivia...*, op. cit. (nota 10), pp. 167-171.

tenían prioridad sobre los *democráticos*. Si el gobernante de turno era un caudillo “de un carisma brutal” como el general Mariano Melgarejo o un estadista respetuoso de los derechos de la población como el presidente Tomás Frías, como reconoce Zavaleta, es “algo que no tiene demasiada importancia”<sup>22</sup>, porque lo relevante es sólo si el partido correcto, es decir el propio, está en el poder o no. De este modo su teoría política abre las compuertas para la justificación de prácticas autoritarias. Se puede alegar que el trabajo ideológico de Zavaleta hasta 1964 consistía, entre otras cosas, en “proteger a la Revolución”<sup>23</sup>, pero esta función puede tener derivaciones deplorables. La auténtica labor intelectual no es brindar apoyo a ningún gobierno – ellos saben ayudarse y defenderse solos –, sino resguardar los derechos humanos y promover los procesos educacionales críticos de la ciudadanía.

En estos puntos Zavaleta no fue un innovador: reprodujo las convenciones que estaban vigentes en la izquierda latinoamericana acerca de obligatoriedad de poner el pensamiento y las labores intelectuales al servicio de los partidos progresistas. Al mismo tiempo hizo suya la muy difundida concepción de que la democracia moderna es una mera formalidad. En 1967 escribió que las ingentes tareas para formar una “sociedad industrial” y un “Estado moderno” presuponen “un desafío histórico de tal intensidad” que las formas democrático-liberales, como el pluripartidismo y la separación de poderes, podrían debilitar el designio revolucionario y dar paso a la “libertad de las parcialidades”<sup>24</sup>, libertad percibida como un fenómeno negativo. Según Zavaleta, el gran legado racional-liberal de la separación de poderes y la autonomía de las instituciones estatales conduce en la praxis a “una nueva dispersión de la fuerza histórica del gobierno revolucionario”<sup>25</sup>. Contra ello acude a la receta más tradicional en el contexto boliviano:

“[...] la enorme emergencia popular, la vitalidad de las multitudes, busca, una vez más, reconducir esta inorganicidad cierta por la vía del caudillismo, sin duda la más peligrosa y primaria forma de concentración del poder pero vinculada con las características sociales del país y con la necesidad de responder a una desintegración que era manifiesta”<sup>26</sup>.

Generosamente nuestro autor reconoce *en passant* que el caudillismo puede ser un modelo peligroso de concentración del poder – tema al que no retorna –, pero esto no es obstáculo para Zavaleta en su designio de justificar este tipo de régimen mediante el argumento de los hábitos sociales bien enraizados en la sociedad boliviana. En 1965 afirmó que la “intuición” de los “analfabetos bolivianos” los lleva

<sup>22</sup> René Zavaleta Mercado, *Lo nacional-popular en Bolivia* [1984] en: OC (nota 18), vol. II, pp. 143-379, aquí p. 161. Cf. también ibid., p. 148.

<sup>23</sup> Pablo Barriga Dávalos, *Historia, política y sociedad abigarrada. Una introducción al pensamiento de René Zavaleta Mercado*, en: [sin compilador], *Conjunto de visiones sobre la postmodernidad*, Sucre: Casa de la Libertad / Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia 2012, pp. 209-240, aquí p. 215.

<sup>24</sup> René Zavaleta Mercado, *Bolivia. El desarrollo de la conciencia nacional* [1967], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 121-210, aquí p. 194.

<sup>25</sup> Ibid., p. 194.

<sup>26</sup> Ibid., p. 194.

a postular el caudillismo, que sería “la forma primaria de concentración del poder” y la “manera de organizarse de las masas atrasadas”<sup>27</sup>.

El “lenguaje de las ánforas” es calificado como “una normalidad sólo apta para tiempos de normalidad y aun así quizá sólo para países normales”<sup>28</sup>. Siguiendo un relativismo muy marcado y muy actual, Zavaleta llega entonces a inferir que hay varios tipos de democracia, y que, por supuesto, “la democracia proletaria” no tiene ninguna razón para asemejarse a la “democracia burguesa”, porque sería simplemente “la democracia de otra clase social”<sup>29</sup>.

En 1962, todavía en el goce del poder, Zavaleta formuló su pasaje más conocido y claro en torno al carácter meramente “formal” de la democracia liberal:

“Muchos revolucionarios del 52 han caído en la trampa de las terminologías demoburguesas. Son esas generalidades engreídas que los formalistas y los reaccionarios comercializan y empaquetan, las transitadas nociones como el bien común, la unidad nacional, la cultura occidental cristiana, el Estado de Derecho, la persona humana, etc. Pero es de todos conocido que las ideas de cultura, bien común, persona humana, son valores que los explotados conciben de manera antagónica a los explotadores. Quizá algunos puristas desteñidos reprochen a este concepto por hacer una limitación clasista de los valores pero la instancia de esta idea es precisamente la contraria de un criterio de sectarismo y aun de clase: los explotados, puesto que proclaman la creación de una sociedad sin clases, son por eso la única clase verdaderamente universal”<sup>30</sup>.

Por entonces Zavaleta también dijo que las cafeterías y los periódicos estaban llenos de “palabras mágicas” como el Estado de derecho, que no significaban nada ante un “Estado del hambre” que duraba “por lo menos cuatrocientos años”<sup>31</sup>. En 1963 criticó a los políticos de su partido que no comprendieron la “enorme importancia” que puede tener la “concentración del poder”, y añadió que sin concentración del poder no podía funcionar la planificación, que tenía que estar dotada de facultades de “coerción”. Haciendo gala de un temprano estilo tecnocrático y autoritario a la vez, Zavaleta aseveró que sólo la concentración del poder político y “la planificación dotada de poder de coerción” conducirían a “un desarrollo liberador, central y no periférico”<sup>32</sup>. Nuestro autor no perdió una palabra sobre los resultados concretos de esa combinación en los países del socialismo realmente existentes, cuyas falencias económicas y cuyos costes humanos ya eran muy conocidos en su época.

<sup>27</sup> René Zavaleta Mercado, *El derrocamiento de Paz* [1965], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 551-555, aquí p. 553.

<sup>28</sup> René Zavaleta Mercado, *La caída del MNR y la conjuración de Noviembre* [1970], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 211-332, aquí p. 303.

<sup>29</sup> René Zavaleta Mercado, *El fascismo y la América Latina* [1976], en: OC (nota 18), vol. II, pp. 413-419, aquí p. 414.

<sup>30</sup> René Zavaleta Mercado, *La revolución boliviana y el doble poder* [1962], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 535-543, aquí p. 540.

<sup>31</sup> René Zavaleta Mercado, *Estado nacional o pueblo de pastores (El imperialismo y el desarrollo fisiocrático)* [1963], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 57-95, aquí p. 75.

<sup>32</sup> René Zavaleta Mercado, *Los orígenes del derrumbe* [1965], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 545-549, aquí p. 548.

En 1965 y en un texto de factura engorrosa calificó a la Revolución Nacional como “gloriosa”, “con dirigentes más fuertes que sabios”, pero que cometió el error de rendir “costosísimos homenajes a cierto formalismo que otros llaman democracia de tipo occidental, que despertó a la vida a tres millones de hombres y que, finalmente, muy indoamericanamente, se perdió a sí misma, que organizó su propia perdición”<sup>33</sup>. En 1976 Zavaleta radicalizó su posición al afirmar que los “llamados derechos del hombre o del ciudadano” constituyen sólo “la explicitación en la política” de la acumulación y reproducción del capitalismo. Inmediatamente después añadió:

“Debe decirse, por otra parte, que puesto que todo Estado es en último término una dictadura, la democracia burguesa es, en consecuencia, el grado de democracia necesario para que la dictadura de la burguesía exista y también el grado de democracia que puede admitir la burguesía sin perder su dictadura”<sup>34</sup>

Estos testimonios de un espíritu antidemocrático hablan por sí mismos, máxime si Zavaleta asevera claramente que no es “un interés del socialismo el desarrollo de la democracia”<sup>35</sup>. Haciendo gala de un leninismo radical que ya por entonces (1978) estaba desprestigiado, nuestro autor sostiene categóricamente que “la dictadura es el carácter del Estado” y un “elemento constitutivo del Estado como tal”. Y continúa: “Donde hay clases, habrá dictadura. La dictadura es la forma de manifestarse de la organización de una sociedad con clases”<sup>36</sup>. Y en su celebrado ensayo *Cuatro conceptos de la democracia* (1981) nos dice – haciendo malabarismos sofistas – que la democracia está contenida en la dictadura y, aun más, que “la democracia existe sólo en razón de la naturaleza de la dictadura para la que existe”<sup>37</sup>.

La discusión en torno a la naturaleza formal y secundaria de la democracia “burguesa” representa uno de los aspectos más criticables de toda la obra de Zavaleta Mercado. Es importante mencionar algunos aspectos de la misma porque el análisis de esta temática y de sus presupuestos teórico-metodológicos nos muestra los elementos centrales y recurrentes del extendido desprecio por la democracia liberal que aun hoy se puede detectar en la mentalidad colectiva boliviana (y parcialmente latinoamericana). Con el riesgo de un craso error, se puede decir que nuestro autor siguió estrictamente las convenciones intelectuales y las rutinas socio-culturales de su época, sin dar muestras de un espíritu innovador.

(a) Zavaleta proclama constantemente opiniones enérgicas sin base empírica o documental, afirmadas categóricamente como dogmas indubitables que deben ser

<sup>33</sup> René Zavaleta Mercado, *El derrocamiento...*, op. cit. (nota 26), p. 555; René Zavaleta Mercado, *Testimonio. Insurgencia y derrocamiento de la revolución boliviana [1967]*, en: OC (nota 18), vol. I, pp. 579-596, aquí p. 596.

<sup>34</sup> René Zavaleta Mercado, *El fascismo...*, op. cit. (nota 28), aquí p. 414; René Zavaleta Mercado, *Notas sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución [1978]*, en: OC (nota 18), vol. II, pp. 459-469, aquí p. 464.

<sup>35</sup> René Zavaleta Mercado, *El fascismo...*, op. cit. (nota 28), aquí p. 414.

<sup>36</sup> René Zavaleta Mercado, *Notas...*, op. cit. (nota 33), p. 464.

<sup>37</sup> René Zavaleta Mercado, *Cuatro conceptos de la democracia [1981]*, en: OC (nota 18), vol. II, pp. 513-529, aquí p. 516.

difundidas como las verdades manifiestas de un nuevo catecismo. En general no contrasta sus aseveraciones conceptuales o concretas tomando en cuenta los pareceres de autores provenientes de otras líneas doctrinales y argumentativas.

(b) Zavaleta busca permanentemente reglas y teoremas relativamente simples para explicar casos y problemas complejos, que van desde la formación de los estados nacionales hasta la configuración de una necesaria democracia contemporánea. Se inspira a menudo en la obra de *V. I. Lenin* y de *Antonio Gramsci*, a quienes atribuye *a priori* una inmensa autoridad intelectual y moral. Ambos estaban de moda en círculos izquierdistas en la época de nuestro autor. Pero ya entonces se percibían las limitaciones del pensamiento leninista y del gramsciano para aprehender adecuadamente el mundo contemporáneo. Además: en el tiempo de Zavaleta eran ya patentes el atraso general de la Unión Soviética con respecto al ámbito occidental y la índole totalitaria de los países sometidos al dominio de los partidos comunistas.

(c) Al calificar el sistema de elecciones libres, el pluripartidismo, el Estado de derecho, la vigencia de los derechos humanos, la prensa libre, el bien común y la cultura occidental como meros asuntos terminológicos y como “generalidades engréidas” y “transitadas nociones”, Zavaleta no opuso resistencia al sentido común de su época. Al designar todos estos fenómenos como anticuados, secundarios y sin una sustancia propia importante, Zavaleta contribuyó a dar una apariencia de respetabilidad intelectual y científica a los prejuicios socio-culturales de su tiempo. Se puede arguir, como lo han hecho muchos marxistas y los nacionalistas hasta hoy, que lo auténticamente relevante corresponde a una dimensión que se halla por detrás y por encima de esos formalismos: la construcción de un orden justo y la edificación del genuino progreso material. Pero, como se sabe a más tardar desde la Revolución Rusa de 1917, no se puede erigir el régimen sociopolítico perfecto acudiendo al principio: el fin justifica los medios. Zavaleta sabía adónde había conducido el socialismo sin los “formalismos burgueses” en la Unión Soviética, en las llamadas democracias populares y en Cuba, y nunca emitió una palabra crítica sobre la praxis cotidiana de esos modelos.

(d) Zavaleta anticipó el relativismo postmoderno al postular la concepción, ahora inmensamente popular, de que normas, valores, ideas e instituciones tienen vigencia sólo en determinados contextos y por obra de una imposición política. Así los derechos humanos no deberían pretender una vigencia universal porque son el producto históricamente fortuito de una cultura determinada, la occidental. La dictadura del proletariado – la clase universal por excelencia – “contiene” en sí misma la genuina democracia, la que sirve a los intereses de la clase trabajadora y de todos los explotados, y por ello esta dictadura no tiene que justificarse a causa de atropellos cometidos contra los enemigos de clase o los adversarios circunstanciales. Y, por supuesto, no hay ninguna razón para legitimarse ante una opinión pública, que puede estar constituida por los intereses clasistas del adversario. Pero: hoy sabemos que todo ha resultado muy complicado en la historia universal como para aplicar criterios simples y simplificadores. Es probable, por otra parte, que el proletariado de fábrica o de mina no sea la “clase universal”, ya que, entre otras razones, nunca llegó a conformar el sector mayoritario de una sociedad

(y menos en Bolivia), y tampoco alcanzó en términos técnico-económicos y en el ámbito del conocimiento socio-político la centralidad y la clarividencia que le atribuían Zavaleta y otros pensadores afines. Se trata de un conocido dogma marxista no refrendado por la historia.

### 5. *Oposiciones binarias excluyentes*

En este contexto hay que mencionar la inclinación de Zavaleta por argumentar mediante oposiciones binarias excluyentes, siguiendo una tradición muy fuerte en el populismo latinoamericano, que es la practicada hoy inflacionariamente por *Enrique Dussel* y sus discípulos. En el fondo se reduce a una visión dicotómica de toda actividad política: patria / antipatria, nación / antinación, amigos / enemigos, los de adentro contra los de afuera. Hay que reconocer, por otra parte, que este modo de pensar ha tenido hasta hoy una considerable eficacia en la praxis política. ¿Quién va a estar dispuesto a buscar o encontrar aspectos positivos en un fenómeno llamado antipatria o antinación? Esta visión del mundo está destinada al hombre simple, al campesino pobre, al indígena desarraigado o al clásico *descamisado* peronista en la Argentina del siglo XX. Los militantes de base se imaginan un nexo directo de la masa con el líder sin pasar por complicadas instancias institucionalizadas de un partido convencional. La contraposición de un modelo civilizatorio occidental-capitalista y una cultura indígena-comunitaria en el mismo suelo boliviano es considerada, por ejemplo, como una verdad auto-evidente. El núcleo de la genuina identidad andina estaría constituido por el comunitarismo social, practicado por las clases populares y sobre todo indígenas, las que presuntamente no habrían sido contaminadas por la perniciosa civilización occidental y por el individualismo liberal.

En Bolivia Carlos Montenegro estableció algunas de las oposiciones binarias excluyentes más usuales, como lo nacional contra lo antinacional (lo nativo y lo autóctono contra la adoración de lo extranjero por las clases dominantes de su época), lo boliviano contra lo antiboliviano (mismo contenido) y la nacionalidad opresora contra la nacionalidad oprimida<sup>38</sup>. De acuerdo a Zavaleta, la antinación estaría compuesta por las élites tradicionales y las clases minoritarias asociadas a los intereses extranjeros, los cuales se esfuerzan constantemente en impedir un desarrollo adecuado de la nación boliviana. En esta oligarquía, que culmina en el superestado minero, Zavaleta percibe sólo factores negativos y dañinos: “[...] es antinacional pero esto también puede decirse de otro modo: representa en lo nacional a los intereses extranjeros”<sup>39</sup>. Esta oligarquía está, además, imbuida de una “xenofilia esencial”: lo nacional debía ser visto y sentido como “lo impropio, atrasado, estúpido y necio”<sup>40</sup>.

La nación, en cambio, estaría constituida por los movimientos emancipadores a comienzos del siglo XIX; en el siglo XX por los sectores nacionalistas y socialistas y, en primera línea, por el proletariado minero y el movimiento sindical<sup>41</sup>. Esta

<sup>38</sup> Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje* [1943], La Paz: Juventud 2003, *passim*.

<sup>39</sup> René Zavaleta Mercado, *Bolivia. El desarrollo...*, op. cit. (nota 23), p. 140.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>41</sup> René Zavaleta Mercado, *Movimiento obrero y ciencia social. La revolución democrática de 1952*

contraposición, difundida originalmente por Montenegro es, por supuesto, un modelo teórico elemental para comprender la historia boliviana, modelo que goza hasta hoy de una dilatada popularidad. Contribuye también, vía la indignación nacionalista, a identificar la oligarquía antinacional como la fuente de todos los males y a combatir con presteza a esta última. Así resulta más fácil y plausible la incorporación revolucionaria de los sujetos nacionales largamente oprimidos y reprimidos. Pero esta interpretación, como cualquier lectura histórica, puede contener un margen muy amplio de arbitrariedad y, más grave aun, puede encubrir los anhelos de poder de una contra-élite que habla en nombre de los históricamente excluidos<sup>42</sup>. Esto fue lo que hizo el MNR.

En la actualidad sucede algo similar con la contraposición entre sensibilidades progresistas e izquierdistas, por un lado, y leyes e instituciones “burguesas”, por otro. Los sentimientos de las clases subalternas son percibidos como algo noble y luminoso, mientras que las engorrosas instituciones provenientes del legado occidental son vistas a menudo como la fuente de la injusticia y las trampas. Esto favorece la identificación fácil con aquellos fenómenos ideológicos y políticos definidos *a priori* como positivos, es decir: sacralizados por la fuerza autoritativa y casi religiosa de las tradiciones endógenas. Es probable, sin embargo, que toda *identificación fácil* sea a la larga un obstáculo con respecto a un proceso intelectual que intenta comprender una temática compleja. El pensar y sentir en antinomias binarias ha gozado y goza de una notable simpatía en América Latina, sobre todo entre los partidarios de ideas tradicionalistas, revestidas ahora de modas ideológicas contemporáneas, todas ellas cercanas al populismo izquierdista. Aparentemente el teorema de amigo / enemigo explica una realidad, pero lo que logra efectivamente es legitimar un orden político y también justificar y dar lustre argumentativo a una constelación preconstituida como tal en el imaginario colectivo, que habitualmente evita esfuerzos cognoscitivos. La realidad, como siempre, resulta mucho más complicada.

## 6. Conclusiones: las teorías populistas como simplificaciones de la historia

Las oscilaciones de Zavaleta entre enaltecer el carácter revolucionario de las masas y considerarlas solo como sindicalistas y espontaneístas, son un indicio de que nuestro autor no se distanció de una alta estimación de las “hábitos sociales” de la cultura política tradicional boliviana. Por ello y a modo de conclusión hay que mencionar la inserción de este tipo de pensamiento en la defensa de regímenes populistas, los que, casi sin excepción, enfatizan el rol positivo y promisorio de las

---

<sup>42</sup> en *Bolivia y las tendencias sociológicas emergentes* [1974], en: OC (nota 18), vol. I, pp. 691-726, especialmente p. 697.

<sup>42</sup> Sobre estas contraposiciones binarias en el pensamiento de Zavaleta y sus vínculos con el contexto político cf. Fernando Molina, *René Zavaleta. La etapa nacionalista*, La Paz: Gente Común 2011, pp. 62-67.

masas y lo combinan con el fenómeno del caudillismo, al que Zavaleta tampoco era reacio, como se desprende de su conocida aseveración:

“En determinado momento, el alienado demócrata, que cree en la democracia como tal, como universalidad, descubre que gobierna un dictador o que dirige un caudillo. Contrario *in abstracto* a la dictadura y el caudillismo, que son sin duda cosas malísimas pero no intrínsecamente perversas, no se le ocurre que el caudillo o el dictador pueden encarnar, en ese momento, los intereses del país. Lucha contra el dictador en nombre de la democracia como filosofía y en ese momento coincide con los enemigos del país. En nombre de la democracia universal colabora con el que ocupa su país”<sup>43</sup>.

Los estudios favorables al populismo atribuyen una relevancia excesiva a los (modestos) intentos de los régimen populistas de integrar a los explotados y discriminados, a las etnias indígenas y a los llamados movimientos sociales dentro de la nación respectiva. Resumiendo toda caracterización ulterior se puede decir aquí que estos estudios presuponen, de modo acrítico, que las intenciones y los programas de los gobiernos populistas corresponden ya a la realidad cotidiana de los países respectivos. Es decir: los análisis proclives al populismo desatienden la compleja dialéctica entre teoría y praxis y confunden, a veces deliberadamente, la diferencia entre retórica y realidad, entre proyecto y resultado. Por lo general los autores de estos estudios no se percatan adecuadamente de la dimensión de autoritarismo, intolerancia y antipluralismo, contenida en los movimientos populistas, pues a menudo tienden a subestimar la relevancia a largo plazo de aquella dimensión. Sus opciones teóricas, influidas por diversas variantes del postmodernismo y por un marxismo purificado de su humanismo original, van a parar frecuentemente en un relativismo axiológico y pasan por alto la dimensión de la ética social y política. Para estos autores los régimen populistas practican formas contemporáneas y originales de una democracia directa y participativa, formas que serían, por consiguiente, más adelantadas que la democracia representativa occidental, considerada hoy en día como obsoleta e insuficiente.

Por otra parte, la actual visión populista de la vida política en Bolivia no toma en cuenta los mecanismos de rendición de cuentas del gobierno elegido frente a la opinión pública y a instituciones independientes y presupone que el triunfo electoral le da carta blanca al “gobierno del pueblo”. Zavaleta no hubiera sido reacio a esta opinión. Los mecanismos que protegen a las minorías son considerados como procedimientos anticuados y engorrosos que impiden la expresión plena de la voluntad popular encarnada en el líder político. Esta presunta identidad de intereses entre masa y caudillo es vista como una incorporación plena de los sectores populares, pero se trata de una inclusión “estética o litúrgica”<sup>44</sup>, y no de una genuina incorporación de sujetos pensantes. Un cierto desprecio por el pluralismo político-ideológico (la oferta de diferentes opciones y puntos de vista) recorre el pensamiento

<sup>43</sup> René Zavaleta Mercado, *Bolivia. El desarrollo...*, op. cit. (nota 23), p. 162.

<sup>44</sup> Carlos de la Torre, *El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo*, en: NUEVA SOCIEDAD (Buenos Aires), N° 247, septiembre-octubre de 2013, pp. 120-137, especialmente p. 122.

zavaletiano, que percibe en las opciones alternativas sólo la expresión de intereses egoístas y particularistas<sup>45</sup>.

La base argumentativa de casi todos los autores favorables al populismo está asentada en un imaginario tradicionalista, de marcadas tendencias anti-elitistas y anticosmopolitas, muy ligado aún a la religiosidad relativamente simple de los estratos subalternos. Es, en el fondo, el imaginario que Zavaleta Mercado atribuye a las masas populares bolivianas. Es una mentalidad distinta y a menudo opuesta al imaginario moderno, urbano, agnóstico y altamente diferenciado en sus múltiples opciones culturales y políticas. Se trata de un enfoque teórico que analiza y luego justifica los fenómenos prerracionales, colectivistas y premodernos del populismo latinoamericano en su colisión con el ámbito de la modernidad, y les otorga de modo compensatorio las cualidades de una genuina democracia, por supuesto superior a la democracia liberal pluralista. Esto equivale a devaluar todo esfuerzo racionalista para comprender y configurar fenómenos políticos, pues la razón “occidental” representaría sólo una forma de reflexión entre muchas otras que operan en el mercado de ideas para captar el interés del público participante. La deliberación racional se transforma en uno más de los varios procedimientos posibles, y no conforma el más importante. En el marco de un claro rechazo al legado racionalista y liberal de Occidente, estos autores, como Enrique Dussel, creen que la persona no debe ser vista como anterior a la sociedad; el individuo no posee una dignidad ontológica superior al Estado y no es el portador de derechos naturales inalienables, a los cuales la actividad estatal debería estar subordinada<sup>46</sup>. Esta concepción tiende necesariamente a enaltecer el valor de la tradición – los “hábitos sociales” de Zavaleta – y a rebajar el rol de la acción racional. Estamos así condenados a repetir la historia<sup>47</sup>.

<sup>45</sup> Para una visión diferente de la expuesta aquí, cf. Jaime Ortega Reyna, *Totalidad, sujeto y política: los aportes de René Zavaleta a la teoría social latinoamericana*, en: ANDAMIOS. REVISTA DE INVESTIGACIÓN SOCIAL (México), vol. 9, Nº 20, septiembre-diciembre de 2012, pp. 115-135; Hernán Ouviña, *Traducción y nacionalización del marxismo en América Latina. Un acercamiento al pensamiento político de René Zavaleta*, en: OSAL (Buenos Aires / CLACSO), vol. XI, Nº 28, diciembre de 2010, pp. 193-207.

<sup>46</sup> Cf. una de las obras principales de esta corriente: Enrique Dussel, 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “Mito de la modernidad”*, La Paz: Biblioteca Indígena 2008.

<sup>47</sup> Sobre este punto cf. el instructivo ensayo de Rafael Rojas, *De la crítica a la apología. La izquierda latinoamericana entre el neoliberalismo y el neopopulismo*, en: NUEVA SOCIEDAD (Buenos Aires), Nº 245, mayo-junio de 2013, pp. 99-109.